Dos posibles versiones del cristianismo en las nuevas circunstancias culturales

En nuestra sociedad podrían presentarse dos posibles versiones del cristianismo:

- una que precisa ligarse a creencias, aunque reducidas al mínimo,
- y otra sin creencias.

El *cristianismo con creencias* cree que existe un Dios, como entidad, que es fuente de todo lo que hay y que existe como distinto del mundo y del ser humano; cree que existe un principio no mortal en el hombre y que el cuerpo mortal resucitará el último día; cree que el mundo es distinto de Dios y del hombre y que es el lugar donde debe desarrollarse el drama humano; cree que Jesús es el Hijo de Dios encarnado para redimir a la humanidad de sus pecados y conducirla, resucitada, al paraíso.

En esta versión, el camino espiritual es conocer a Dios, servirle y amarle hasta conseguir, por su gracia, en la iniciativa de Dios en Jesucristo, la unión con Dios por la sumisión, la entrega y el amor en la Iglesia.

Cuando se recibe ese conocimiento y amor, ya no hay más muerte, porque incluso los que mueren «mueren en el Señor» y resucitarán en Él.

Esta forma de cristianismo, que es la tradicional y habitual, no puede darse sin la creencia y una creencia en versión teísta, y sin una sólida epistemología mítica.

Para mucha gente de nuestra sociedad, (la más característica de ella, que irá creciendo en número irremediabilmente, por la dinámica colectiva de nuestra cultura científica, tecnológica, de innovación continua y de la globalización), esta versión no es viable porque requiere creer y una epistemología mítica, y la estructura cultural dificulta una cosa y otra, o la impide por completo.

El *cristianismo sin creencias* no necesita creer que exista Dios como una entidad real y distinta; tampoco tiene que creer en el alma humana inmortal; ni en la resurrección; ni en un mundo como distinto del hombre y de Dios. No necesita interpretar a Jesús desde la epistemología mítica.

No necesita ninguna de esas creencias. Sin ellas puede comprender la unidad radical de todo lo que existe; puede comprender que lo que hay no es inerte como la materia sino que tiene rasgos que se parecen más a la mente que a la materia, sin que se pueda hablar propiamente de mente; comprende que se pueda ser discípulo de Jesús y aprender de Él la profunda cualidad humana, sin tener una epistemología mítica.

Con la práctica del silencio se puede emprender el camino interior sin tener que suponer la creencia en Dios, en el alma inmortal, en la resurrección y sin tener que creer que hemos venido a este mundo como a un campo de pruebas.

Jesús es el Maestro de otra dimensión del existir, una dimensión absoluta que se revela en Él mismo. El camino a recorrer es llegar a reconocer esa dimensión absoluta de todo.

Para reconocerla hay que llegar a comprender que tanto el yo como el mundo o incluso la figura de Dios, son construcción, son una ignorancia generada por el velo de la dualidad creada por la necesidad.

Lo que realmente hay es la unidad en la no-dualidad, en el no-dos. En la tradición cristiana el acceso a esa unidad es gracias al Maestro Jesús que, en su persona, pone frente a nosotros esa unidad y realidad absoluta para que por Él la reconozcamos en nosotros mismos.

Cuando se despierta a ese conocimiento, ya no hay más nacimiento ni muerte.

Lo que antes veíamos nacer y morir lo vemos ahora sólo como los gestos de una gran danza sagrada. Los gestos parecen nacer y morir, pero ni nacen ni mueren, porque el ser de esos gestos es sólo el ser mismo del que danza. Para quien comprende y ha salido de la ilusión de la pluralidad, nada se pierde y todo lo que murió resucita en el conocimiento del Uno. Estamos hablando con imágenes del gran silencio, de la clara «noticia abismo».

Nada se pierde porque nada ha nacido jamás.

Esa suprema unidad, puede adquirir, para un humano, rasgos antropomórficos, aunque en sí no los tenga. Sabremos entonces que esos rasgos del único son sólo con relación a nosotros; pero sabremos también que, aunque no existan tal como los vemos y sentimos, no son pura ficción e ilusión nuestra; sabremos que tienen un fundamento real que hace que, sin creencias, podamos acogerlos sin reservas.

Así se tiene Dios sin creer;
se siente y comprende la «no-muerte»
sin negar el total perecer;
se revive sin milagro postrero;
se ama sin amante y amado;
se conoce sin conocedor
ni conocido.

Quien se apoya en la creencia no requiere un gran trabajo mental y sensitivo porque lo suple con la sumisión; quien no se apoya en la creencia, precisa un intenso trabajo mental y sensitivo.

Esta segunda forma de cristianismo, aunque a primera vista más difícil, es más fácil para los hombres y mujeres de nuestras nuevas sociedades, y más sólido, ya no sometido a los embates de la duda.

Marià Corbi "Reflexiones sobre la cualidad humana en una época de cambios" (pags. 227 a 229)